



Crónica
de **Córdoba**
y sus Pueblos
VIII

Córdoba, 2002

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de **Córdoba**
y sus Pueblos

Córdoba, 2002

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales



Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS, VIII

CONSEJO DE REDACCIÓN

Coordinadores

José Antonio Morena López
Miguel Ventura Gracia

Vocales

Enrique Garramiola Prieto
José Lucena Llamas
Juan Gregorio Nevado Calero
Pablo Moyano Llamas

Edita: Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto portada: *Antigua iglesia parroquial de Doña Mencía*

Diseño y maquetación: A.G. UNIGRAF, S.L.

Imprime: A.G. UNIGRAF, S.L.

Polígono Industrial "La Estrella" parcelas 1 y 2

14640 VILLA DEL RÍO (Córdoba)

Tel. 957 176 286

Fax 957 177 022

ISSN: 1577 - 3418

Dep. Legal: CO - 812 - 02

LEYENDA DE BELMEZ

(COMENTARIO A ESTE LIBRO)

Juan Peñalta Castro
Cronista Oficial de Belmez

*Dedicado a su autor,
Don Rafael Canalejo Cantero,
como homenaje póstumo.*

El que fuera uno de los Alcaldes más famosos de España por su valiente intervención en Televisión, además de Doctor en Medicina, poseía un gran espíritu industrial y creador, aparte de otras cualidades, una de ellas, madera de escritor, aunque no se atreviera a tocarlo a fondo y sólo hizo unos cuantos ensayos, algunos de excelente calidad literaria.

De esta faceta me voy a permitir comentar *Leyenda de Belmez* que divulgó en 1971, dedicándola a un juguete que producía en su fábrica de Belmez.

De las diferentes leyendas tradicionales, a veces producto de versiones y cuentos imaginarios, localizamos este interesante librito, cuyo contenido pudo suceder, pero... no sucedió, y de ahí su calificación de leyenda; tiene un contenido



que puede hasta considerarse en parte veraz y otra de fantasía imaginativa. El autor, amante de su pueblo, ha querido relacionar la antigüedad de las construcciones defensivas en la roca, con la narración de una fábula o un mito tradicional legendario.

Nos la cuenta en un cuaderno especial para el juego mecánico que inventó, el cual consistía en la lucha por la conquista del castillo entre los ejércitos moro y cristiano, en el que resultaba ganador aquél o aquéllos a los que la suerte acompañara, mediante tirada de dados, algo así como el clásico juego de parchís con sus penalizaciones.

Historia perfectamente pensada para tal objetivo de entretenimiento, que muy bien "podía" haber sucedido en esos o similares términos, en torno al Castillo. La existencia de la roca y del asentamiento de Belmez es muy antigua y está probada la presencia en distintos lugares cercanos de vestigios localizados del Neolítico y de la Edad de Bronce.

De este texto, en versión restringida y comentada, con algunas alteraciones de redacción, me permito detraer estos apuntes.

El Castillo

Dice que se trata de la leyenda del Castillo de Belmez, un castillo-fortaleza roquero que los moros comenzaron a construir sobre una peña grande y blanca, en medio de un valle por el que discurre el río Guadiato, al pie del cual está el pueblo, uno de tantos blancos y bonitos de Andalucía, en plena Sierra Morena.

El Duende "Mino", Viejísimo Hombrecillo

Yo sé toda la historia de Belmez, -así nos lo comenta don Rafael, que continúa-"porque me lo ha contado "MINO".- No me preguntéis cómo, pero hace años que conozco al duende Mino y soy amigo suyo. Él sabe todo, porque ya es muy viejo, viejísimo. Me explica muchas cosas cuando algunas tardes subo arriba donde vive, en el Castillo.

Él quiere mucho a los niños y un día me dijo que había inventado un juego para que todos los de España se divirtieran jugando a los moros y cristianos. Le pedí que me escribiera la historia y así lo hizo.

Yo por mi parte, sigue comentando don Rafael Canalejo, solamente deseo que sea de vuestro agrado, y que al jugar al asalto del Castillo, seáis nobles y caballerosos como siempre lo fueron aquellos buenos guerreros españoles.

En esta leyenda nos sigue contando: Que "Mino" le comentó un día, que era un duende de los poquitos que quedan en el mundo, puesto que sólo conocía a otro, que es primo suyo que vive en Mallorca, en unas grutas preciosas.

Antiguamente, hace ya muchísimos años, su primo vivía cerca de aquí; pero un día le dio la ventolera por hacer turismo y se marchó en un barco fenicio, desde un puerto, que hoy es Cádiz. Y como el barco naufragó por un temporal de Levante, tuvo que salvarse a nado, hasta llegar a una isla perdida. Vive en esa isla desde entonces, y viene algunas veces a verle, aunque ahora más, desde que los hombres han inventado los barcos, automóviles y aviones y el viaje se hace más cómodo.

Pretendió que se fuera con él, pero como el nuestro es muy alegre y juguetón y ama la tranquilidad, no quiso nunca marcharse de aquí, donde vive muy a gusto en su aljibe fresquito.

Las Vivencias de "Mino"

-Porque yo, "Mino", -dice- vivo desde siempre en esta tierra tan bonita de Sierra Morena, desde los tiempos de los celtíberos, y cuando los romanos comenzaron esta fortaleza en lo alto de la roca blanca, me trasladé a vivir arriba, desde la gruta que hay al pie de la piedra. Y cuando en tiempo de los visigodos el castillo estaba destruido me volví a la gruta. Y cuando los moros volvieron a reconstruir la fortaleza arriba del peñón, aquí me vine definitivamente, y desde entonces vivo en el aljibe, que, sobre todo en verano, se está muy fresquito ...

-Al principio no había alrededor de la roca ni siquiera pueblo, ni tan sólo una casa, todas estaban más distantes. Yo vivía en una gruta que ahora la llaman la cueva de la Picá, en el peñón blanco que se alza en medio del valle.

-Por aquí cruzaban las legiones romanas, porque esto es el valle del río Guadiato, y pasaba entonces una carretera o calzada empedrada que los romanos hicieron para ir desde Córdoba hasta Mérida. Tenían que cruzar por delante mismito de mi nariz, y yo me divertía tirándoles piedras desde lo alto de la roca, y aunque a nadie le daba ni hacía daño, los centuriones mandaban subir a sus hombres, que sudaban gateando por las piedras, por si arriba estuvieran escondidos los guerreros de alguna tribu celtibérica.

Pompeyo, un día que pasó con sus legiones camino de Mérida, donde se celebraban fiestas en el circo y precisamente sus gladiadores ganaban todos los combates, se fijó en el peñón tan alto, al pie del mismo camino, al punto que a la vuelta dejó a un centurión encargado, que pasó dos años construyendo un fortín o recinto fortificado, para vigía y defensa de la calzada, aprovechando el trabajo de prisioneros y esclavos.

Allí aprendí bastante latín -le decía "Mino"- y pasando y pasando el tiempo, los romanos se marcharon y las edificaciones quedaron vacías. Nadie se preocupaba de ellas, y se fueron desmoronando tanto que no quedaron casi murallas.

Los Amigos del Duende

Más tarde llegó su amigo el Búho para avisarle que al pie de la roca había gente. Eran dos familias, de unas gentes que luego supo que se llamaban visigodos. Venían de muy lejos, de las tierras frías que hay al Norte. Eran altos, rubios y fuertes. Las mujeres también eran rubias, de piel muy blanca, y muy guapas, como las turistas que ahora se ven. Y los niños, todos con los ojos azules y el pelo de oro, que a diario se les veía jugando a los guerreros. Siempre hubo al pie de la roca donde ya no había Castillo, varias casas de aquella gente rubia, formando un pequeño poblado.

Adoraban aquellos visigodos a dioses lejanos, dioses guerreros y feroces, hasta que con el tiempo un rey, en Toledo, se hizo cristiano y aparecieron aquí monjes y ermitaños para convertirlos al cristianismo. Todo iba bien, un año tras otro, y cien años después de otros cien años... hasta que su amigo el Búho se murió, y sólo podía charlar con la Urraca y con los Grajos de las peñas. Entonces hurgaba colmenas por los huecos de las rocas y en los agujeros que hay en los troncos de las encinas, sobre todo en verano, cuando la miel sabe a la flor de jara de estas sierras, y pescaba en los remansos del río, y en el arroyo, al pie de un gran Fresno¹ y jugaba con los cervatillos, que entonces por aquí andaban triscando y ahora están muy lejos, casi a tres leguas, cuando...

Aparecen de improvisto los Moros

Para nuestro duende "Mino" todo continuaba igual, sintiéndose bien, feliz y tranquilo, con sus desplazamientos desde las ruinas de la cima de la alta peña, al arroyo y otros lugares en verano, hasta que un día... aparecieron por aquí gentes nuevas. Vinieron a caballo, con gritos guerreros y espadas curvas, con media luna en sus banderas y en los escudos.

Gritaban por Alá, su Dios, como si no fuera el mismo Dios de todos los hombres. Rezaban a un falso profeta llamado Mahoma y creían que muriendo en combate Alá les llevaría al paraíso. Llegaron arrasándolo todo, incendiando y robando.- Mataron a muchos de los que habitaban en las pocas casas de la aldea visi-

1.- De ahí el nombre de arroyo del Fresnedoso, donde se formó por acumulación de agua potable el pequeño lago conocido por el Chorrero, muy cerca de donde mas tarde el autor de la leyenda construyó el Gran Complejo Turístico del Hotel Playa.

goda, y aquí se establecieron, como en la parte de España que iban conquistando, porque habían derrotado al último rey visigodo, Don Rodrigo, en una batalla en el río Guadalete. Se quedaron y con el tiempo no parecían tan malos. Le costó bastante entender su lengua y siempre le pareció que su escritura era difícil de leer.

Trajeron muchos cristianos como esclavos y los hacían trabajar de firme. Levantaron de nuevo la fortaleza, consiguiendo una buena defensa, con fuertes muros, donde más tarde se edificó la torre alta para el Capitán. Decían que venían del desierto y que sabían aprovechar el agua porque allí tenían poca. Por eso hicieron un aljibe en lo alto de la roca, dentro de las murallas del Castillo. No desperdiciaban ni una gota de la lluvia y el aljibe procuraban que siempre estuviera lleno de agua fresca.

Allí se fue nuestro "Mino" a vivir, en un hueco que dejaron entre las piedras, y allí se quedó, porque le entretenía y gustaba oír a los soldados de la guardia contar historias del desierto y cuentos de las Mil y Una Noches y porque algunos capitanes moros que hubo tenían hijas bellísimas de ojos negros, profundos y tranquilos, a las que nadie veía la cara más que él, que era invisible y se presentaba donde quería.

También fue feliz con los moros de la guarnición, en lo alto de la roca blanca que dominaba el valle, como un gran mirador.

Desde allí veía pasar las caravanas, por la ruta que construyeron los romanos. Venían valle arriba; entonces Córdoba era una gran ciudad, casi la mayor del mundo, o por lo menos de las mayores, porque era la Ciudad de los Califas, los reyes moros de toda España.

Hurgando entre las carretas de una caravana encontró nuestro "Mino" varios libros que se quedó. Entonces supo que en Córdoba había muchos sabios moros y poetas, y grandes artistas haciendo filigranas de oro y plata. Y que había más de cien bibliotecas, donde estaban todos los libros del saber humano.

Y en toda la ciudad más de cien mezquitas y, sobre todo, una, la mayor, de las más bonitas del mundo, con un bosque de columnas sustentando los techos de rico artesonado.

Igualmente se enteró por los soldados de la guardia, que allá lejos, en las montañas de Asturias y de los Pirineos quedaron algunos cristianos sin rendirse a los moros, y que año tras año creaban pequeños reinos, pero al ser los Califas tan fuertes los cristianos prosperaban poco.

Hasta que tras el último Califa, el reino moro se dividió en muchos pequeños reinos, con jefezuelos que se llamaban reyes taifas. Hubo reinos taifas en Córdoba

y Badajoz y en otros lugares. Por aquí era frecuente el paso de reyes moros, con su séquito, desde Badajoz, en peregrinación a la Mezquita de Córdoba.

Mientras tanto los cristianos habían engrandecido sus reinos y se atrevían a hacer incursiones hasta estas tierras, debido a la debilidad de los moros divididos, aunque no se atrevían a asaltar el Castillo de Belmez, que consideraban inexpugnable sobre la roca.

Sigue la leyenda de don Rafael Canalejo, hablando del Cid Campeador, de Fernando III que envió nuevas fuerzas y del paso por Belmez de tropas reales con cautivos moros, como antes lo hacían las tropas moras con cautivos cristianos.

Y que una mañana, cuando el muecín, al levantarse el sol, se disponía a lanzar sus plegarias vuelto hacía la Meca, desde las murallas, divisó algo insólito, dando la voz de alarma: muy cerca de la peña donde se ubicaba el Castillo y abajo el pueblo, aparecían tiendas de campaña cristianas plantadas en campamento que albergaban parte del regular ejército cristiano, llegado de refresco.

La Reconquista

Poco después aprestáronse moros y cristianos a iniciar una feroz batalla: los moros, por defender la fortaleza, y los cristianos en desventaja, por asaltarla. Y todo ello porque en Castilla, un rey, Fernando III, había decidido la reconquista de Córdoba y era la fortaleza de Belmez la que tenazmente podía guardar y conservar una ruta valiosa.

Duro empeño el de las huestes cristianas. Una y otra vez intentaron asaltar la inmensa roca y llegar al pie de la muralla, pero el capitán moro Aben-Muley, les recibía con una lluvia de flechas. Caían soldados de la cruz entre las rocas y si alguno llegaba a la muralla superior, el aceite hirviendo, la pez y las piedras que los moros arrojaban desde el muro le hacían perder el equilibrio, rodando hasta la base de la peña.

Más tarde Fernando III envió nuevas tropas de refresco, tiendas y pertrechos, dando comienzo a otros intentos, a la vez que los cristianos enviaban algunos emisarios ofreciendo a los moros la rendición en condiciones favorables, sin conseguir resultados.

En otra ocasión, le dijo el duende Mino, que se presentó una gran tormenta con fuerte viento, procedente del Noreste, desde los Pedroches, por el puerto de las Cabezas, arrastrando polvo sobre la roca y las murallas, que impedía el asalto, circunstancia que atribuían los moros a un milagro de Mahoma, sintiéndose jubi-

losos, hasta el punto de atreverse a salir de su encierro, e incluso atacar el campamento cristiano, produciendo algunas bajas y prisioneros, que levantó su moral decaída.

Más de cien cristianos habían muerto en estos empeños inútiles de asalto, cuando el capitán cristiano decidió otra táctica. Puso sitio por hambre al Castillo, con el ánimo de rendir a los sitiados. Y así transcurrió un mes, y la comida empezaba a escasearles, a pesar de tenerla racionada.

Asimismo narra los ya referidos y constantes intentos de asalto, sin resultado, hasta que una mañana, al albaorear el día, sonaron fuertes trompetas en el Castillo y una bandera blanca se izó en la torre más alta. Abriéronse las puertas y una cabalgata descendió por la vereda de la roca y avanzó hacía el campamento cristiano. Los jinetes, con grandes voces, invitaron al capitán cristiano a parlamentar.

Aceptó éste y, adelantándose, recibió el cortejo. El mismo capitán moro Aben-Muley estaba a la cabeza. Iba rodeado por tres enormes, casi gigantescos soldados negros del desierto. Y a su lado, una figurilla delicada, una mujer, cubierto el rostro con un velo.

-Señor -dijo el Capitán moro- fuertes son vuestros soldados, pero más fuerte es mi Castillo. Mucha sangre ha corrido por sus peñas, sangre de cristianos que no irán al paraíso de las Huríes. Más cristianos han de morir, porque jamás rendiré este Castillo que me encomendó mi señor, el rey de Córdoba, que Alá guarde. Ni siquiera el hambre ha de rendirnos, porque mucha comida nos queda todavía, y en último lugar seríamos capaces de comernos nuestros propios muertos para seguir luchando y para demostraros vuestra cobardía, que os hace llegar al pie de una pequeña fortaleza con cientos de soldados. Yo os propongo un singular desafío: escoger vuestros tres más fuertes soldados para que luchen en torneo con los míos, estos tres que veis aquí

-Y si vencemos, como espero y es seguro, solamente os impongo una condición: que retiréis vuestras tropas y levantéis el asedio.

-Mal habéis hablado -replicó el capitán cristiano- Yo sé que en el Castillo no queda ni siquiera leña para asar las ratas que coméis. Y sé que vuestros soldados huirán despavoridos y ellos solos se despeñarán cuando mis tropas de nuevo asalten el Castillo. Pero nunca un esclavo de falso profeta osó llamar cobardes a los cristianos. Acepto vuestro desafío y tres de mis campeones lucharán en justas con los vuestros. Y si vencemos, como es seguro, con la gracia de Dios, de María Santísima y la ayuda de Santiago Apóstol, me rendiréis la fortaleza.

-Nunca -exclamó el moro- que no podría yo rendir cosa que mi rey me entregó.

-¿Pues qué me daréis a cambio si vencemos, moro maldito? ¿Acaso vuestra vida?

-Con gusto la daría, cristiano, porque sería para mi un honor morir por mi dueño y por Alá, que me tiene prometido su paraíso. Pero necesito mi vida para seguir defendiendo mi fortaleza y por ello no es posible. Si pierdo os entregaré a mi hija.

-Me hacéis gracia Aben-Muley ¿desde cuándo a un cristiano apetece una mora, que seguramente será... ?

Pero no pudo terminar la frase. Iban los moros a responder con las espadas al insulto, cuando la figura de la cara tapada, lenta y silenciosamente, se adelantó. Bajó el velo y levantó la cara.

La Belleza Mora

Todos los cristianos quedaron asombrados, casi sin atreverse a respirar.

Una joven bellísima, una mora como seguramente no habría en todos los reinos de la morería, les miraba serenamente. Una diadema de perlas realzaba, sobre su frente, la profunda serenidad de unos ojos grandes, negros y luminosos. Y unos labios como la grana sonreían mirando al capitán cristiano.

Quedóse éste suspenso como herido por el rayo. Así fue, más que un flechazo, un rayo caído en su corazón, pues al punto enamoróse el joven capitán de tanta beldad.

Tardó largo rato en contestar, más luego habló:

-Llevas razón, Aben Muley; yo nunca creí que de un infiel pudiera surgir tamaña beldad, que herido me haya el corazón. Mía ha de ser tu hija, y yo prometo hacerla mi esposa si ella consiente en ser cristiana.

-Mañana habremos de celebrar el Torneo al amanecer.

-Lleva a tus campeones y diez soldados más de tu guardia, que yo juro respetaré vuestra vida, tanto si perdéis como si ganáis el combate. En el llano que está entre la peña y mi campamento celébrese la justa. Y si no tenéis caballos para vuestros campeones, yo mismo os dejaré alazanes a escoger. Sea la lucha a muerte y por parejas.

-Sí tenemos caballos -replicó Aben Muley-; que no llegó nuestra hambre al punto de comérmolos.

Cuando rayaron las primeras luces del alba, recortando contra el cielo la majestuosa silueta del Castillo roquero, se reunieron moros y cristianos en la explanada y dio comienzo el desafío.

Por parte cristiana destacan Don Lope de Tovaes y el Capitán Ruiz de Sosa.

Primero caen dos cristianos y un moro, teniendo que batirse por último Don Lope de Tovaes con los dos restantes moros, a los que al final vence.

Mino, el duendecillo del Castillo, a través de esta leyenda, hace una bella descripción de lo acontecido, con tal precisión que nos hace pensar estar viviendo las peripecias y las conversaciones entre el moro Aben-Muley y Don Lope de Tovaes.

La Derrota

Asegura Mino que los moros ante la derrota se hallaron en la más terrible consternación, siendo el instante más tenso aquel cuando Aben-Muley se abrió paso en medio de la masa, acompañado de su hija, avanzando lentamente hasta el capitán cristiano, a quien hizo entrega de la bella mora, con las siguientes palabras:

-Señor Capitán, habéis ganado en noble lid y yo vengo a pagar mi tributo. Cúmplase la voluntad de Alá.

Heroico gesto de la Bella Mora

Entonces, con la rapidez de un rayo, la hija sacó del cinto de su padre una pequeña daga y se la hundió en su propio corazón, queriendo decir con este gesto que prefería ser doncella muerta a esclava viva.

-Tú perdiste y has pagado el precio, dijo Don Lope, y ella prefirió sacrificar su vida a perder su fe; por ello merece todos mis respetos, siguió diciendo el capitán cristiano, llévate su cadáver y dale digna sepultura; mañana asaltaré el Castillo. Tienes solo veinticuatro horas para abandonarlo.

Final de la Leyenda

Termina esta intrigante y bella leyenda con la victoria cristiana, y el cumplimiento por parte de Don Lope, de los deseos del capitán moro -si moría en el combate- de ser enterrado junto a su hija, dentro de las murallas del Castillo.

Así se hizo con los máximos honores y respeto a sus personas, depositándolos en una tumba especial, cuyo lugar no se menciona en la leyenda.

A nosotros puede que algún día nos corresponda fijar el lugar del enterramiento, colocando una piedra o monolito como señal, para que se transmita esta bella leyenda a futuras generaciones, que expliquen... "Dice la leyenda que..." y comenten a los visitantes el supuesto enterramiento del Capitán moro y de su hija, y las peripecias narradas por el duendecillo "Mino" en las LEYENDAS DE BELMEZ de R.C.C. año 1971.

El Sueño de los Niños

El duendecillo "Mino" sigue en el Castillo, según su autor. Algunas veces se da una correría por el pueblo y les cuenta a los niños, cuando duermen, historias de las batallas que presenció. Luego, los niños creen haberlas soñado, porque "Mino" sólo puede comunicarse con ellos cuando están dormidos. Al despertarse se vuelve invisible y desaparece.

Mino está allí..., en lo alto del Castillo de Belmez esperando. Él sabe que un día u otro iremos a verle. Mientras tanto, todas las noches abre la compuerta de sus sueños y juega por los peñascales, recorre con la vista el antiguo campamento cristiano, recuerda la fortaleza mora, revive el torneo de los campeones, ve cómo batallan escalón a escalón por los alrededores de la roca...

Y todas las noches también recoge del campo un manojo de espliego y un ramillete de flores silvestres, para ponerlos en la tumba de la morita hermosa.

* * *

NOTA.- Me he permitido acortar esta leyenda, introduciendo varias modificaciones, propias del comentario, y prescindiendo de algunos párrafos de menor relevancia, para hacer más corto esta exposición. J.P.C. 30-3 año 1 S/XXI

Aprovechando este comentario a la "LEYENDA DE BELMEZ", de don Rafael, Canalejo, y la lectura posterior que han de hacer los vecinos, me permito recordar y recalcar una vez más, que continúa pendiente la restauración de antiguos eventos conmemorativos de la reconquista del Castillo, parecidos a los que en otras ciudades titulan "FIESTAS DE MOROS YCRISTIANOS"

En las Revistas BELMEZ 1985 publiqué dos estudios, además de hacer llegar a la Corporación Municipal razonados escritos, sobre la restauración del supuesto combate carnavalesco entre moros y cristianos que culminaban con la toma del Castillo a los moros y de las fuerzas que intervenían, vestidas con indumentaria más bien acercándose a sátira y grotesca que a reproducción exacta.

Iban acompañados de trompetas, bombos y platillos con redobles y ruidos estrepitosos muy parecido a las "murgas" de carnaval, sin faltar los petardos o cañonazos desde la fortaleza, actos que desaparecieron después de la Guerra de la Independencia y que servían de regocijo a jóvenes y mayores. De restaurarse algún día, sería colaborando autoridades y todas y cada unas de sociedades de todo tipo, previo reglamento, debiendo buscarse algo más ambicioso y mejor indumentaria, acorde con los tiempos actuales

Y hablando del Castillo de Belmez, don Fernando Plaja Lizaso, en el año 1949, nos decía: "Mirando muchas veces las murallas, parece que sobre sus torreones van a aparecer turbantes moros, cuyos espíritus podían vagar en tensa vigilia, recordando su antiguo dominio "



Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales



Diputación
de Córdoba